

MEXICO EN LA MODERNIZACION INDUSTRIAL

Ignacio Medina Núñez

*Artículo publicado en la
Revista ANALES de Filosofía y Letras
Número 1. Julio-Diciembre de 1991. Páginas 111-152
Universidad de Guadalajara. México.*

Esquema del artículo:

- 1. Modernización, ganancia y competencia**
- 2. México: industrialización tardía y distorsionada**
- 3. El sexenio de la crisis permanente (1982-88)**

Consideraciones finales:
Necesidad de un proyecto nacional

MEXICO EN LA MODERNIZACION INDUSTRIAL

Ignacio Medina Núñez
medina48@yahoo.com

1. MODERNIZACION, GANANCIA Y COMPETENCIA

La reinversión productiva es un factor determinante para el desarrollo de cualquier país. En el sistema capitalista podemos llamar reproducción ampliada al proceso de acumulación de capital mediante el cual una parte significativa de la ganancia, después de un ciclo productivo, se reinvierte para volver a dinamizar el capital total.

La repetición del ciclo productivo y su necesaria ampliación influyen necesariamente en la magnitud del producto interno bruto (PIB) anual, el cual da cuenta de la riqueza social de los países.

Desde el inicio de la producción manufacturera en Europa, sobre todo en los siglos XVII y XVIII, y posteriormente con el auge de la revolución industrial, todas las empresas han competido entre ellas con el fin de elevar la productividad, tratando de modernizar los elementos de su planta productiva, particularmente los medios e instrumentos de producción.

La modernización desde siempre ha tendido a aumentar la productividad, elevar el ritmo de acumulación de capital y con ello lograr la obtención de mayor ganancia para los controladores de los medios de producción. Para ellos siempre ha sido una necesidad, por la posibilidad permanente de lograr mayores beneficios o, en algunos casos, por el riesgo de ser desplazados del mercado y quebrar debido a la competencia.

Cualquier capital indica una concentración mayor o menor de medios de producción en manos de medios de producción en manos de individuos o corporaciones que conservan una relación con una cantidad grande o pequeña de trabajadores que ofrecen su fuerza de trabajo por un salario. Pero las empresas capitalistas, como productores en el mercado nacional o mundial, se contraponen unos a otros necesariamente, y tienen que competir y enfrentarse. De la modernización de su planta productiva, de su mayor productividad depende en muchas ocasiones su propia subsistencia como empresas. "La lucha de la competencia se libra mediante el abaratamiento de las mercancías. La baratura de éstas depende *coeteris paribus* (bajo condiciones en lo más iguales) de la productividad del trabajo, pero éste, a su vez, de la escala de la producción. De ahí que los capitalistas mayores se impongan a los menores" (Marx, 1975: 778).

Se trata de la ley de centralización del capital, que muestra que la comunidad de intereses de los empresarios no es más que el campo de tendencias contradictorias en donde el único dios sigue siendo la maximización de la ganancia, ante el cual pueden sacrificar con toda tranquilidad, no sólo el esfuerzo y sudor de los asalariados sino también la existencia de sus cofrades.

La fórmula clásica de la rotación de capital puede ilustrar mejor la situación de la centralización.

$$\begin{array}{ccccccc}
 D & - & M & | & Ft. & - & Pp & - & M^{\wedge} & - & D^{\wedge} \\
 & & & | & & & & & & & \\
 & & & | & Mp. & & & & & & \\
 \hline
 \text{Fase 1} & & \text{Fase 2} & & \text{Fase 3} & & & & & &
 \end{array}$$

La fase 1 indica el momento inicial en que el dinero puesto (D) empieza a convertirse en capital al transformarse en una mercancía especial (M): la fuerza de trabajo asalariada (Ft.) y los medios de producción necesarios para el proceso (Mp.). Una vez realizado esto, la fase 2 indica el momento en que la fuerza de trabajo empieza realmente a transformar la materia prima, utilizando los instrumentos adecuados conformando el proceso productivo (Pp.). Finalmente, la fase 3 nos muestra la aparición de la nueva mercancía (la materia prima ya transformada por la fuerza de trabajo: $M^{\wedge}$), cuyo valor, de hecho, ya es superior al dinero inicial (D) invertido, pero que necesita transformarse de nuevo en dinero para obtener con claridad una magnitud de ganancia ($D^{\wedge}$).

La modernización en términos generales se expresa fundamentalmente en dos procesos: primero, en la elevación del nivel de capacitación de la fuerza de trabajo pero sobre todo en la adquisición de medios de producción con mayor nivel de tecnología que permitan el aumento de la productividad, y segundo, en la mayor velocidad de la rotación de capital, que se expresa en la repetición de todo el ciclo en períodos de tiempo más cortos que permitan la obtención de ganancias más rápidas.

Como en la mayoría de los casos, todo esto implica recursos económicos que no se tienen de inmediato, uno de los mecanismos de alto poder que surgen en la centralización de capitales es el crédito, a través del cual, desde el siglo XIX, los bancos, sin ser inicialmente dueños de medios de producción, empezaron a tener gran injerencia en la acumulación del capital. El crédito y los préstamos se convirtieron en una poderosa arma competitiva de control sobre todo en relación a los capitales menores. La capacidad de ampliación de locales, de mejoramiento de los instrumentos productivos, de compra de tecnología, de capacitación del personal depende en muchísimos casos del financiamiento crediticio que se pueda obtener.

La modernización, siendo un término relativo, se manifiesta como un proceso fundamental para la hegemonía o la subsistencia en muchos casos de las empresas productivas. Así, quien posea medios más tecnificados y avanzados capaces de elevar la productividad será quien pueda mantener un liderazgo de poder dentro de la competencia y centralización cotidiana del capital.

Sobre todo a finales del siglo XIX y a principios del XX, cuando el capitalismo llegó a ser un modo de producción dominante a nivel mundial, presenciamos no sólo las enormes diferencias entre empresas productivas de diferente nivel en la concentración y en la intensificación del capital sino también cómo la mayor parte de los medios de producción más avanzados tecnológicamente se concentraron casi únicamente en los grandes países industrializados.

Se dio a nivel internacional una especialización en los países capitalistas centrales en cuanto a la producción y control de la alta tecnología y medios sofisticados de producción, de tal manera que comenzaron a ejercer un dominio sobre el rumbo de las posibles industrializaciones de los países del Tercer Mundo. La fabricación de los medios modernos de producción se ha convertido de hecho en uno de los puntos claves de la dominación internacional.

En los cambios mundiales, las mercancías tienen cantidades de trabajo desiguales, que traducen la desigualdad de los niveles de productividad en cada uno de los países. Esta desigualdad en la productividad no es de ley natural sino producto de las relaciones históricas. Por ello, la bipolaridad actual entre el polo desarrollado y el subdesarrollo no se debe a que los actuales países periféricos estén solamente atrasados respecto de un desarrollo posible de alcanzar sino que su situación se origina precisamente de la relación asimétrica que en el comercio, en la producción y ahora con los préstamos internacionales ha impuesto el centro metropolitano.

La concentración de los adelantos en las fuerzas productivas en el polo de unos pocos países provoca y mantiene deformaciones y desequilibrios estructurales en el otro polo del Tercer Mundo. En esta relación internacional tenemos no sólo un atraso del desarrollo industrial en nuestros países sino una ausencia total de perspectiva de desarrollo con la dinámica de esta articulación que no permitirá, del centro a la periferia, más que una modernización dependiente. Entre uno y otro polo, y a través de una alianza de clases dominantes, tenemos una relación de causalidad y dependencia.

En el siglo XIX fue Inglaterra quien ejerció el dominio mundial al concentrar una industrialización con base en la fabricación de maquinaria. La hegemonía internacional pasó luego a los Estados Unidos con la nueva revolución tecnológica en el campo eléctrico y electrónico y sobre todo debido también a la aplicación de esta tecnología en lo militar durante la Segunda Guerra Mundial. En ese tiempo, por ejemplo, de todo el producto bruto mundial, Estados Unidos llegó a producir el 52%.

En la década de los 60s, la internacionalización del capital, la guerra de Viet-Nam, la competencia económica entre los países industrializados hizo disminuir la hegemonía absoluta de los Estados Unidos para conformar en 1973 la llamada Comisión Trilateral, integrada por los norteamericanos pero también por Alemania Federal y Japón, quienes también concentraron grandes inversiones de capital con elevado nivel tecnológico. En esta década, Estados Unidos ya sólo constituía el 28% del producto bruto mundial.

La Comisión Trilateral propició el surgimiento de nuevas líneas económicas, políticas y militares que intentaban ser aplicadas al resto del mundo. Se trataba de responder fundamentalmente a los intereses del capital trasnacional proveniente de esos países con varios objetivos específicos:

- . Imponer empresas trasnacionales en otros países, las cuales en el mercado mundial lograran mayores ganancias que en el mercado interno de su nación de origen, aprovechando un elemento clave del Tercer Mundo como lo es la abundante mano de obra barata.
- . Responder a la necesidad de coordinar, en la medida de lo posible, las contradicciones de la competencia mundial y poder controlar mejor los períodos de recesión, inflación y crisis en general.
- . Expandir los productos industrializados al gran mercado potencial que representaban los países socialistas.
- . Responder a la necesidad de crear un frente común ante las demandas nacionalistas del Tercer Mundo, asegurando así el nivel de precios de las materias primas necesarias para la estabilidad y la expansión económica.

La base de estos acuerdos, sin excluir en ocasiones otro tipo de presiones políticas y aun militares, estaba precisamente en el poder económico y control de la tecnología y medios modernos de producción, característica esencial de las empresas trasnacionales.

El esquema de la Trilateral se ha ido flexibilizando en cuanto a sus integrantes pero no en cuanto a sus claros objetivos. En la década de los 80s, se realizaron, por ejemplo, las reuniones anuales de los 7 grandes (E.U., Japón, Alemania Occidental, Inglaterra, Italia, Francia y Canadá) en donde vemos, en la práctica, un convenio entre dirigentes de países industrializados que, de acuerdo a sus intereses, discuten y aprueban medidas económicas de repercusión mundial.

Los países llamados subdesarrollados que conformaban el llamado Tercer Mundo han sufrido todas las consecuencias de esta dominación mundial sobre todo en términos de pobreza, hambre, desocupación, inflación, bajo desarrollo tecnológico,... Algunos de ellos han entrado tardíamente a un proceso de industrialización como fue el caso de los llamados NICs (Newly Industrialized Countries: Países recientemente industrializados como Brasil, México, Taiwán, Corea del Sur, Tailandia,...) pero con

características distorsionadas que no aseguraban todavía un desarrollo permanente hacia el futuro.

Entre las grandes dificultades actuales está por ejemplo el caso de la deuda externa. Los préstamos internacionales funcionaron en forma semejante al crédito que se otorgaba por los bancos a las empresas productivas que querían modernizarse: otorgar liquidez para garantizar materias primas, compra de medios de producción y elevar la productividad. La década de 1970 fue la época del derramamiento de préstamos ingentes al Tercer Mundo, sólo que, con la cláusula que establecía la movilidad de las tasas de interés, a la postre, se elevó a tal punto que ha llegado a formar una cadena tan pesada que está ahogando a todos los países deudores convirtiéndolos en exportadores netos de capital.

El crédito en este caso, lejos de modernizar la planta productiva de los países subdesarrollados, puesto que gran parte del dinero líquido estaba condicionado en su aplicación a través de la firma de las llamadas "Cartas de Intención" con el Fondo Monetario Internacional, ha llegado a impedir el desarrollo con el peso de los gravosos e ilegítimos intereses puesto que ya no hay recursos para invertir nacionalmente en la planta productiva y reactivar la economía.

Si a esto sumamos que gran parte de los capitales nacionales, debido a las crisis económicas del Tercer Mundo, se han fugado buscando más seguras ganancias en los bancos de los países industrializados, encontramos mayor escasez de recursos para invertir en la modernización pretendida del ciclo de producción.

Actualmente el problema de la deuda externa es un enorme obstáculo para el desarrollo del Tercer Mundo, pero el factor clave determinante se encuentra en la posibilidad real de una industrialización autónoma, que pudiera expresarse en la fabricación nacional de los llamados bienes de capital, los medios de producción en vías de modernización.

La concentración de la alta tecnología mundial se encuentra en los países industrializados y en las filiales que el capital externo mantiene en las otras naciones. En esta concentración han basado permanentemente su alta productividad, la cual, en términos de la ley del valor en el plano internacional, les ha dado enormes ventajas para el intercambio de mercancías. Desde su propia lógica, el capital transnacional no tiene tendencia a trasladar sus conocimientos tecnológicos a los grupos nacionales de los países subdesarrollados.

La situación parece ser de encrucijada: el país subdesarrollado A, para poder salir de su marasmo productivo, necesita medios tecnológicos que sólo tiene el país central B. Pero, por un lado, hay carencia de recursos internos en el país A para la reinversión productiva, y por otro lado, el desarrollo capitalista del país B sólo se ha dado sobre la base de la competencia desigual y asimétrica con el país A, teniendo con el

subdesarrollo, entonces, una relación de causa y efecto. Resulta, pues, muy difícil en esta lógica que el país B ceda tranquilamente el conocimiento tecnológico, que es el que le permite conservar la ventaja objetiva en los procesos de producción mundiales.

México y otras naciones actualmente pertenecen al grupo de países recientemente industrializados, lo cual significa de hecho un gran paso adelante en la modernización de su planta productiva. Con ello, se explica, por ejemplo, el "milagro mexicano" de los años 50s y el incremento anual del producto interno bruto dentro de los NICs. Hablamos así de países modernos en relación a su etapa inmediata anterior, pero cuya modernidad está todavía muy por debajo de la industrialización de los países centrales. Más aún, dentro del Tercer Mundo, estamos hablando generalmente de una industria dependiente en sus medios de producción respecto del exterior y enfocada no a las necesidades del mercado interno de la mayoría de la población sino a una exportación exigida por los países desarrollados.

En la actual relación estructural asimétrica entre el centro y la periferia, el Tercer Mundo puede modernizar su aparato productivo pero siempre dependiendo de la importación de los bienes de capital, cuya tecnología para producirlos -por lo menos los más dinámicos- siempre está bajo el control del capital transnacional.

A principios del siglo XX era todavía posible construir la maquinaria moderna con instrumentos artesanales. Sin embargo, con la revolución tecnológica y científica de las últimas décadas, los medios de producción modernos solamente se pueden construir también con máquinas especializadas, muy lejos de las técnicas tradicionales. Las máquinas que producen máquinas son ahora el gran secreto tecnológico en la industria de los países centrales. Puede existir una industria moderna en el tercer Mundo con maquinaria importada pero no será jamás una industria autónoma si no llega a la fabricación interna de los medios de producción fundamentales.

En síntesis, en el esquema global de la acumulación y de la rotación del capital, la modernización de la planta productiva siempre es una necesidad constante, ubicada sobre todo en el contexto real de la competencia, siempre en búsqueda de una mayor productividad que redunde en altos beneficios. Se produce así una relación asimétrica entre empresas de diversa magnitud de capital y de diverso nivel tecnológico en sus medios de producir, cuya polaridad puede aplicarse también a la relación entre la industria de países centrales y periféricos.

En el esquema mundial, la separación en el siglo XX entre estos dos bloques de países ha sido producto de la relación histórica, en la que las naciones industrializadas han impuesto sus propias condiciones, según los intereses de sus propios grupos dominantes. El Tercer Mundo, de hecho, ha tenido recursos suficientes para iniciar su propio desarrollo, pero éstos le han sido expoliados y transferidos en el contexto de una alianza entre los sectores dominantes del mundo subdesarrollado y el desarrollado. Pero además, aunque las oligarquías tercermundistas han logrado

verdaderos procesos de industrialización, éstos no han podido ser autónomos puesto que la modernización de la planta productiva ha estado dependiente y subordinada a la tecnología controlada por los países centrales.

Nuestros países subdesarrollados tienen que competir en el mercado mundial dentro de la ley del valor en el plano internacional. En esta competencia desigual necesitan modernizarse para tratar de superar las ventajas de la concentración de alta tecnología en el capital trasnacional. La modernización originalmente era un problema solo entre grupos dominantes, pero posteriormente se ha convertido en problema nacional para todo el Tercer Mundo, pues, aunque procura ganancia para las empresas, el atraso industrial puede ocasionar profundas crisis económicas de producción cuyo peso cae no sólo en la merma de ganancias de las clases dominantes sino también en la población en general. Un país que no enfrente el reto de la modernización y la elevación de la productividad corre el riesgo tanto para las empresas mismas como para la población en general al generarse un mayor empobrecimiento generalizado.

2. MEXICO: INDUSTRIALIZACION TARDIA Y DISTORSIONADA

El sistema mexicano, durante la época de la colonia y dominación española, de manera obligada, se articuló económica y políticamente a los centros metropolitanos mediante la exportación de metales preciosos, particularmente la plata (cfr. Palerm A., 1976). La acción del Estado fue muy poderosa y determinante en el desarrollo de esta economía dependiente, considerada y tratada la exportación de la plata como la rama prioritaria de la producción.

Esta situación ejemplifica el modelo de relación asimétrica que fue común a la mayoría de los países coloniales desde el siglo XVI hasta el siglo XIX: intercambio de materias primas y productos agrícolas por bienes manufacturados producidos por la naciente industria europea. Este modelo perduró en México aun después de la Independencia, con la colaboración de los grupos criollos dominantes, sin fuertes protecciones aduanales y sin originar una verdadera revolución burguesa.

La primera etapa de industrialización en México surge hasta el período de la dictadura de Porfirio Díaz, a finales del siglo XIX, mediante la importación casi completa de toda la maquinaria, facilitada por las leyes federales y estatales. "A partir de 1890, se observa el surgimiento de una importante burguesía industrial mexicana, ligada también al comercio, a la banca y al agro" (Leal J.F., 1976: 23). Esta primera etapa en México coincide con el surgimiento de los monopolios, el capital financiero y la

exportación de capitales por parte de la industria europea, que ya ha vivido su revolución industrial en todo el continente.

La industria mexicana se inició tardíamente a fines del siglo pasado pero además su implantación fue incipiente, fraccionada, poco generalizada y supeditada a la importación de las máquinas, procedentes éstas sobre todo de Inglaterra, Alemania y Estados Unidos. Entre los pocos grupos industriales mexicanos significativos que aprovecharon esta coyuntura con reinversión productiva en esta época se encuentra, por ejemplo, el grupo de Monterrey, aunque ligado desde un principio a intereses del capital exterior. Fue el nacimiento de México a la modernización industrial pero que no significó, de hecho, una transformación nacional del país.

México como potencia industrial nació hasta después de la Revolución, en la década de 1930, posterior a la gran depresión económica del capitalismo internacional en 1929. Este proceso se intensificó sobre todo durante la coyuntura de la Segunda Guerra Mundial, cuando se elevó de manera generalizada el nivel de las fuerzas productivas en numerosos sectores de la economía, mediante el proceso de sustitución de importaciones y la atracción de la inversión extranjera.

Fue el nacimiento del programa llamado el "Desarrollo Estabilizador" o "Milagro Mexicano, que a muchos sectores les dio la esperanza de un capitalismo nacional consolidado e independiente debido sobre todo a los índices de crecimiento en el producto interno bruto (PIB).

"Desde la década de los 30s, el ritmo de crecimiento sostenido fluctúa alrededor de un 6% anual. La tasa de crecimiento de las manufacturas, principalmente y de otros sectores de la actividad económica ha venido aumentando año con año hasta adquirir preponderancia sobre los ya poco dinámicos sectores agrícolas y mineros. Las actividades industriales y de servicios han tenido un constante crecimiento a partir de 1940, hasta alcanzar en el quinquenio 1965-70 un 8.7% y 7.7% respectivamente" (Cordero S., 1977: 25).

Las medidas adoptadas por el Estado consolidaron grandes empresas monopólicas públicas y privadas. Hubo excensión de impuestos a empresas que importaran bienes de capital. Se dieron enormes facilidades a la inversión productiva en sectores urbanos; se realizaron obras de infraestructura con inversión de capital público; se ofrecieron estímulos fiscales y monetarios a empresarios; cristalizaron diversos grupos financieros.

En ese período, México experimentó un extraordinario desarrollo con señales de modernidad, que se patentizó, por ejemplo, en los logros siguientes:

- . Crecimiento sostenido del PIB
- . Estabilidad económica en los precios; se mantuvo constante el tipo de cambio con respecto al dólar.

- . Aumentó en promedio estadístico el ingreso real por persona.
- . Aumentó el valor de los bienes y servicios.
- . Mejoró el índice de escolaridad y salud.
- . Se creó una infraestructura amplia con mecanismos institucionales para dar movilidad a la producción (Cfr. CRT,1976: 72).

Sin embargo, desde el punto de vista económico, el modelo del desarrollo estabilizador pronto fue experimentando síntomas de desgaste sobre todo a partir de la década de 1960. Estos síntomas se manifestaron en el crecimiento desequilibrado de las tres grandes ciudades (ciudad de México, Guadalajara, Monterrey), en el aumento de subempleo y desempleo, el decrecimiento de las tasas de producción agrícola principalmente en el renglón de granos básicos, la migración progresiva del campo a la ciudad y la desigualdad general en la distribución de la riqueza a pesar del aumento constante del PIB. Se mostraba con claridad que la modernización industrial no era necesariamente un sinónimo de un desarrollo autónomo en beneficio de la población.

Particularmente en este período se hizo presente el capital extranjero a través de empresas transnacionales que se fueron ubicando en las ramas más dinámicas de la economía sobre todo en la automotriz, la metal-mecánica, la químico-farmacéutica, la eléctrica y la electrónica, la producción de maquinaria,... Todas ellas, la mayoría de capital norteamericano, empezaron a acaparar el mercado interno nacional, con un elevado nivel de productividad debido a sus medios modernos industriales, lo cual redituaba enormes ganancias junto con el elemento clave de la fuerza de trabajo mexicana de bajo nivel salarial en comparación con el de los países industrializados.

El deterioro de la situación económica con el fracaso del modelo de desarrollo industrial planteado y que fue acompañado con algunos signos de autoritarismo gubernamental mediante el uso de la represión provocó diversos movimientos sociales significativos y aun brotes de guerrilla urbana y rural en varios de los Estados de la República.

El gobierno del Presidente Luis Echeverría (1970-76) pretendía cambiar el modelo industrial haciendo un juicio público en contra del "Desarrollo Estabilizador", queriendo impulsar el modelo del "Desarrollo compartido". Se buscaba una nueva modernización: "llegar a una fase más avanzada en el desarrollo industrial y al mismo tiempo mejorar su posición en el mercado mundial mediante la asociación del capital nacional, privado y estatal, con los grandes consorcios internacionales" (Labastida J.,1976:26).

El gobierno quería fortalecer el papel interventor del Estado en el aparato productivo: en 1970, el Estado tenía el 12.8% del capital total de 290 grandes empresas; para 1973, ese porcentaje había aumentado al 19.2%, y para el final del sexenio se llegó al caso en que por primera vez la inversión pública en general se equiparó a la inversión privada. Con un sentido nacionalista, además, se promovió la nueva ley de inversiones extranjeras para 1973 en la que se ponía un tope del 49% al

monto de la inversión externa en las empresas. En el contexto de la naciente crisis económica nacional e internacional, el gobierno desarrolló una política proteccionista y, tratando de reactivar el mercado interno, aplicó una política salarial que fuera nivelando las remuneraciones de los trabajadores al ritmo de la inflación. La reinversión en el campo se enarbolo como otra de las prioridades ante el peligro de perder la autosuficiencia alimentaria en los granos básicos.

La mayor parte de los objetivos del Desarrollo Compartido quedó mas bien en declaraciones que en realidades. Las contradicciones internas en el grupo gobernante pero sobre todo la dura oposición de los grupos monopólicos nacionales y las presiones del capital externo contra estas políticas económicas lograron no sólo la inoperatividad de la acción gubernamental sino el aislamiento del propio Presidente de la República. El grupo industrial de Monterrey llegó a personificar la oposición al gobierno de Echeverría y a su alrededor logró conjuntar numerosas fuerzas empresariales y de otros sectores sociales.

Grupos conservadores se apoderaron de la COPARMEX; en 1975 se creó la Union Nacional Agrícola para enfrentar la política agraria gubernamental; se deterioraron las relaciones con la Cámara Americana de Comercio; se formó el Consejo Coordinador Empresarial. Sin base social que lo apoyara, el gobierno fue cercado; en su contra se dio además la crisis económica internacional de 1972-74 que, junto con la fuga de capitales por parte de empresarios mexicanos, orillaron la devaluación del peso mexicano frente al dólar (de la estabilidad de \$12.50 pasó a \$22.00 en Agosto de 1976)

La devaluación significaba el desencanto del "Milagro mexicano", pero el juicio empresarial solo quiso señalar como causante de la crisis al gobierno del Presidente Echeverría. Era un momento de grave crisis económica en que faltaba precisamente capital para la reinversión productiva cuando, de hecho, el Estado había realizado inversión pública, y la iniciativa privada había retirado numerosos capitales al exterior.

El nuevo sexenio mexicano emprendió la Alianza para la Producción tratando de ganar otra vez la confianza de la iniciativa privada, del capital y organismos internacionales y ejerciendo un control sobre las demandas de aumento salarial de las centrales obreras.

El gobierno de Jose Lopez Portillo pretendía restaurar la confianza de la iniciativa privada para la reinversión productiva en el país. En su primer mes de gobierno realizó convenios con 140 empresas para que invirtieran y generaran empleos; el programa conjunto tendía a dar alicientes para la producción específica de 90 artículos básicos para la población; se produjo el diálogo con el grupo industrial de Monterrey para mostrar la buena disposición gubernamental, dar confianza y pedir que regresaran los capitales exilados. La posibilidad de reactivar la economía se ponía fundamentalmente en manos de la inversión privada.

No se perdió de vista tampoco la importancia de la inversión externa. El primer viaje de López Portillo fue a los Estados Unidos en donde prometió facilidades para que 76 corporaciones transnacionales pudieran invertir en México. Logró acuerdos también con el Fondo Monetario Internacional (FMI) para que facilitaran mayores préstamos a México dentro del programa de la Alianza para la Producción.

Finalmente, entre las medidas del nuevo sexenio, estaba la "tregua" o concertación con la burocracia del sector obrero. Se podía hablar de un pacto en el que las organizaciones obreras oficiales, comprendiendo la aguda crisis económica que vivía el país, se comprometían a que sus agremiados no demandarían la elevación de los salarios más allá del 10%. Se presentaba a los obreros como causantes de la crisis debido a que sus peticiones de incremento salarial eran las que provocaban aumentos de precios, inflación y recesión para todo el país. La justificación sería la misma que aplicaría después el presidente De la Madrid: puesto que todos estamos en crisis, obreros y patrones tienen que sacrificarse; los obreros refrenando sus demandas salariales y bajando con ello su nivel de vida, y los patrones sólo intentando moderear sus ganancias.

El inicio del sexenio de López Portillo no tuvo todavía perspectivas muy halagadoras: en ese tiempo México tenía una población de 64 millones de habitantes, de los cuales la PEA era de 17.5 millones de personas con un millón de desempleados (el 9%) y un subempleo calculado en alrededor del 40%; la deuda externa pública había ascendido a 24 mil millones de dólares; no habían regresado la mayoría de los capitales fugados; las ramas más dinámicas de la industria seguían controladas por el capital externo; perduraba el alza del costo de la vida; el PIB en 1977 había podido crecer en un 2.5% (en 1976 se había calculado en 2.1%) pero a un ritmo menor que el incremento anual de la población, que era del 3.1% (Cfr. Estrategia no.20), con lo cual había disminuido en la práctica el ingreso promedio por habitante. El programa gubernamental COPLAMAR reconocía en 1978 que existían en México 18 millones de marginados, utilizando índices referentes a sus bajos ingresos y a su nivel de vida.

México, el gran país industrial dentro del contexto de América Latina, poseía un modelo de desarrollo que estaba llevando a una gran concentración de la riqueza frente a una pauperización progresiva de la población. "El 65% de la riqueza producida va a parar al sector capitalista, mientras sólo el 24% se reparte entre el sector trabajo; únicamente alrededor de 65 mil personas que representan menos de 0.1% de la población gana más de 1 millón de pesos al año (1978), y de éstos, unos cuantos que no llegan a mil, cuentan con fortunas de miles de millones de pesos. El 5% de la población recibe el 40% del Producto Interno Bruto, mientras que el 20% de la población más pauperizada recibe únicamente el 4% del PIB" (García Zapata L., El Día. 23-XII-1978).

El objetivo de la Alianza para la Producción había sido la superación del estancamiento económico que produjera mayor producción nacional y mayor

productividad. Las palabras del presidente Lopez Portillo en su mensaje de toma de posesión se habían referido a las inversiones en el sector agropecuario, energeticos, mineria, siderurgia, bienes de capital, transportes, bienes de consumo popular, fomentar la formacion de capitales, restricción de las importaciones, control de la inflación, mejoramiento de la balanza comercial con el exterior, austeridad, fomentar el turismo, tener niveles minimos de bienestar en alimentación, salud, educación.

Desde el punto de vista gubernamental la base para la reactivación de la economía estaba en la disponibilidad de recursos para la reinversión productiva, que en primera instancia no podían ser generados exclusivamente por el ahorro interno. Por ello, necesariamente tuvo que recurrirse a los préstamos internacionales del FMI, en una coyuntura en que había suficiente liquidez en los bancos de los países industrializados. La deuda externa de México se incrementó espectacularmente en el sexenio de López Portillo para llegar a cerca de 80 mil millones de dólares en 1981.

Sin embargo, la política de los préstamos internacionales nunca ha sido altruista y, en ese sentido, aparte de las tasas de interés que fueron incrementándose en esos años, existían también las llamadas "cartas de intención" en las que los países deudores se comprometían a llevar a cabo las recomendaciones del FMI en cuanto a la aplicación de medidas económicas internas.

En lo general, varias de las medidas recomendadas por el FMI fueron claramente las siguientes:

- . Ajustes fiscales para reducir el gasto público.
- . Reducción del déficit gubernamental.
- . Desplazamiento de fondos hacia la iniciativa privada.
- . Irrestricita libertad de cambios.
- . Aumento de las exportaciones hacia los países centrales.
- . Alza moderada de precios y control efectivo de los salarios.
- . Venta de empresas paraestatales.

Uno de los énfasis principales estaba en el intento de reducir la participación del Estado en la economía nacional, de manera que el esfuerzo principal de la reactivación económica correspondiera al sector privado. Específicamente Milton Friedman, ideólogo del FMI, economista estadounidense recomendó de manera explícita para México la venta de las 900 empresas paraestatales al sector privado.

México fue objeto preferente en los préstamos de organismos internacionales. Llegó a disfrutar del crédito "Triple A", lo cual significaba que, a pesar de sus problemas económicos de producción e inflación, ofrecía garantía en el futuro pago de los créditos e intereses. Empezaban a hacerse públicas las comprobaciones sobre las reservas petroleras de México, una materia prima cuya cotización internacional en el sexenio llegó a ascender hasta 38 dólares por barril.

El petróleo fue otra gran fuente de divisas, las cuales pudieron haberse orientado a la reactivación económica. El Programa de Energía del gobierno en 1980 señalaba que las reservas probadas en territorio mexicano eran de 60 mil millones de barriles, las reservas probables eran de 38 mil millones, y las reservas potenciales eran de 250 mil millones de barriles. Para exportación, México se ponía un límite de producción de 1.5 millones de barriles diarios.

En ese sexenio, nuestro país tuvo suficientes recursos, tanto por el petróleo como por la deuda externa, para su modernización industrial en la perspectiva de un verdadero desarrollo. De hecho, de 1978 a 1981, tuvimos las mas altas tasas de crecimiento del PIB (6.6% en 1978 y 7.5% en 1979, según los anexos al III Informe de Gobierno), muy superiores aun a las de los países industrializados.

Sin embargo, aparte de numerosos casos comprobados de corrupción en las esferas gubernamentales, el error profundo fue haber fincado una estrategia basada casi exclusivamente en el petróleo. La industria petrolera y la petroquímica básica, por ejemplo, creció en 1979 tres veces mas que el conjunto de la economía, y por ello, cuando sucedió la caída internacional de los precios del crudo, la crisis volvió a explotar. Paralelo a la explosión de la crisis se dio de nuevo la fuga de capitales en mayor magnitud en 1981 y 1982, utilizando con gran facilidad los bancos privados tanto para la especulación como para enviar el dinero fuera del país.

El desplome de la economía nacional, según Carlos Tello Macías, se inicio en Junio de 1981 con la caída del precio del petróleo y agravado por la ingente fuga de capitales y costó, tan sólo en el segundo semestre de ese año, una cifra superior a los 10 mil millones de dólares (Cfr. Excelsior. 23-I-1986). El peso se fue devaluando mas con respecto al dólar, de tal manera que los bancos, a mediados de Agosto de 1982, vendían la divisa norteamericana en un promedio variable de 70 a 76 pesos. La inflación expresada en el aumento de precios había incrementado su nivel; "En los seis primeros meses (de 1982), los incrementos alcanzaron un 32%, mientras que en el mismo periodo de 1981, éstos significaron un 13.7%" (Expansión no.347,1982:27).

Según las versiones oficiales, la crisis económica que afloró tan abruptamente se debió únicamente al factor externo del precio internacional del crudo y, en lo interno, a los sacadólares, personajes que fueron acusados públicamente pero sin ofrecer jamás sus nombres. Jamás se habló en ese tiempo, en medios oficiales, del fracaso de la estrategia misma de desarrollo industrial. En realidad, nuestra gran riqueza petrolera y los recursos provenientes de los préstamos de la banca internacional -ambos elementos que tuvieron su gran época entre los años 1978-81- no fueron orientados a una modernización homogénea de la planta industrial ni se procedió a una distribución equilibrada de los beneficios del progreso entre la población.

3. EL SEXENIO DE LA CRISIS PERMANENTE

A partir de los primeros años de la década de 1980, México ya no ha podido contar con el petróleo como el posible motor de la reactivación económica. Si bien se ha mantenido una constante plataforma petrolera de exportación y esta rama sigue representando una fundamental fuente de divisas, los precios internacionales del crudo con sus variantes que han llegado hasta 8 dólares por barril no permiten la programación de un ingreso fijo sobre el cual basar toda una estrategia nacional.

Sin embargo, todavía para 1986, cuando se experimentó otra severa caída de los precios del crudo, el país entero experimentó sus terribles efectos. Según el IV Informe de Gobierno de Miguel de la Madrid, los ingresos petroleros que se perdieron en ese año o por esta caída fueron el equivalente a la tercera parte de las divisas provenientes de las exportaciones, equivalente al 20% de los ingresos públicos totales y alrededor del 6% de la producción nacional. La situación fue catalogada por el Presidente como de "cataclismo económico", pero como siempre sucede en las versiones oficiales, toda la causa de la crisis provenía del exterior: "De no haber ocurrido el desplome de nuestros ingresos petroleros, en el presente año la economía hubiera continuado creciendo de manera más firme y la inflación se hubiera reducido" (IV Informe de Gobierno).

Sin embargo, la realidad mostraba que, a pesar del desplome del precio del crudo desde 1981, la economía del país seguía esperanzada casi únicamente en el petróleo. Además de lo que ya había descendido el precio del barril de 1981 a 1985, el valor de las exportaciones petroleras, en Diciembre del 85, era de 14,767 millones de dólares, el 67.6% de las exportaciones totales. Con la nueva recaída del precio del crudo se preveía que para Diciembre de 1986, el ingreso por ese concepto sólo sería de 5,106 millones de dólares. En la primera semana de Abril de 1986, por ejemplo, "los precios del crudo fluctuaban entre los \$8 y los \$10 dólares el barril, con pocas perspectivas de recuperación en el corto plazo. Esto significa que, a menos que exista una recuperación extraordinaria en los precios, México recibirá durante 1986 más divisas por exportaciones no petroleras que por sus ventas de crudo" (Expansión. No.438.16-IV-1986: 5).

Fueron muchas las promesas del Presidente De la Madrid sobre la recuperación económica del país, sobre el control de la inflación, sobre el enfrentamiento a los acreedores internacionales priorizando las necesidades de la nación, sobre la defensa de la soberanía,... sin embargo, durante el pasado sexenio, encontramos tasas negativas de crecimiento, los más altos niveles de inflación, el pago puntual de todos los intereses de la deuda externa con un aumento global del capital a deber, las más altas tasas de crecimiento de la inversión extranjera en las ramas dinámicas de la economía.

Al final del sexenio, el Presidente ya sólo quería convencernos de que, sin su mano firme en la dirección del país, los mexicanos estaríamos peor de lo que estábamos; las causas de la crisis siempre habían estado en las penurias naturales y en

circunstancias externas y, de no haber estado su gobierno, hubiéramos caído totalmente en el caos.

El hecho, sin embargo, fue que el factor clave con el cual se podía empezar a sanear la economía, la reinversión del capital productivo, no se dio durante la administración de Miguel de la Madrid. "Sin inversión no hay crecimiento como ni redistribución del ingreso ni excedentes de exportación. La inversión del sector público, privado y social es el motor de la actividad económica... En 1980, el gasto de inversión representaba 14.4% del gasto total, y en 1987, 5%... En las cuentas nacionales, la inversión bruta fija pasa a representar 24.7% del PIB en 1981 a 16% en 1987... En relación a 1981, la inversión pública y privada es 40% inferior en 1987... La inversión ha perdido casi 10 puntos en relación al PIB en lo que va de la década, lo cual explica la debilidad del mercado interno, la caída del salario y la insuficiente generación de empleos para absorber la fuerza de trabajo que por razones demográficas crece en casi un millón de mexicanos cada año" (Colmenares David. Expansión no.505 7-XII-1988).

La falta de recursos, puesto que éstos iban a pagar los intereses de la deuda externa o habían abandonado el país para refugiarse en el extranjero, impidió cualquier modernización industrial a pesar de la bandera enarbolada de la "reconversión" de la planta productiva.

El gobierno persistía además en la aplicación de una de las medidas fundamentales recomendadas por el FMI y por la administración norteamericana presidida por el presidente Reagan: la desincorporación de las empresas paraestatales para dejar toda la iniciativa económica al sector privado. El presidente De la Madrid fue un fiel cumplidor de esta dinámica puesto que durante su sexenio, según información de la Secretaría de Programación y Presupuesto, de las 1,155 empresas estatales que existían en 1982 fueron vendidas 659 de ellas para obtener solamente 427 millones de dólares. El espacio estuvo abierto a la iniciativa privada que, en su conjunto, más bien, retiró sus capitales del país en una forma que continúa siendo alarmante: "Conforme a los datos de la Federal Deposit and Investment Corporation de E.U.A, tan sólo en una cadena de bancos de Texas, los ahorradores mexicanos tienen depósitos por 100 mil millones de dólares, equivalentes a casi la totalidad de la deuda externa y a 4 veces toda la inversión extranjera directa en México, acumulada hasta la fecha" (Armando Labra. Excelsior. 5-IV-1989).

Con la falta de reinversión no tenía más que caer la producción y la productividad, expresándose en un decrecimiento constante anual de las tasas en el PIB. "El sexenio que concluyó en días pasados es el que ha registrado la caída del PIB más considerable en la historia reciente del país. Según cifras de la Comisión Económica para América Latina, el PIB en México cayó durante la administración de Miguel de la Madrid en 10%" (Expansión no.508. 1-II-1989: 18).

El decrecimiento en la producción nacional no sólo significaba descenso en el ingreso promedio por habitante de acuerdo a esas cifras, sino que el empobrecimiento de la población era todavía mayor considerando el incremento anual del número de habitantes, el desempleo y la pérdida de poder adquisitivo del salario.

Sin reinversión, la planta productiva, que no puede modernizarse, tampoco puede generar empleos y en muchos casos mas bien tiene que despedir trabajadores. Si miramos la tasa de crecimiento de la población y la estructura de la edad, podemos concluir fácilmente que la generación de empleos debería ser de alrededor de un millón de nuevas plantas de trabajo por año. Sin embargo, en el sexenio de la crisis permanente aumentó el número de desempleados y subempleados. "En 1988, la Población Económicamente Activa (PEA) llegó a 29.3 millones de personas, y sólo 74.6% encontró empleo en el sector formal de la economía, es decir, solamente hubo empleo para 21.87 millones de personas. Ello significa que entre 1981 y 1988, la economía mexicana sólo generó 370,000 empleos, alrededor de 52,857 plazas por año" (Expansión no. 513. 12-IV-1989: 17)

México era en la década de 1970 la décima economía en el mundo de acuerdo a las cifras de su producto nacional bruto, incrementado éste sobre todo con la inversión en la planta petrolera. Sin embargo, en los 80s, comparativamente con las otras economías mundiales, México ha ido descendiendo en su posición y, específicamente en los tres últimos años del sexenio de De la Madrid pasó de la posición número 12 para ubicarse en 1988 en el lugar número diez y seis.

En el contexto de la caída de la producción, el fenómeno de la inflación jamás puede ser atacado en su raíz. El alza generalizada de los precios no significa mas que el exceso de circulante dinerario en relación a una cantidad de productos decreciente. Las medidas antiinflacionarias se enfocaron a un férreo control de los salarios, a un tibio control de los precios, a un descenso en el déficit público,... Todo ello, sin embargo, sin la reactivación de la producción, nos ofreció las mas altas tasas de inflación de la historia.

LA INFLACION EN EL SEXENIO DE MMH

160						159.2%	
140							
120							
100	98.8%				105.6%		
80		80.8%					
60			59.2%	64%			51.5%
40							

20							
	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988

"El sexenio de Miguel de la Madrid será recordado como uno de los periodos de mayor inflación en la historia del país, al situarse por arriba de los 2,400%, aproximadamente"

FUENTE: Excelsior. Sección financiera. 26-VII-1988.
Idem. 11-XII-1989

Viendo estos niveles de inflación y comparándolos con los porcentajes de incremento salarial autorizados durante el pasado sexenio, podemos comprender fácilmente que la principal estrategia antiinflacionaria del Presidente de la Madrid fue la contención salarial con la intención de extraer el circulante dinerario de la clase trabajadora. La política de control de precios no fue muy efectiva, pero sí lo fueron los distintos toques salariales para lograr que los trabajadores perdieran alrededor del 50% de su poder adquisitivo en el curso de ese periodo.

Este bajo nivel salarial en México es lo que ha hecho más atractivo al país en los últimos años para la inversión extranjera y especialmente para las maquiladoras, cuya gran ventaja se centra precisamente en este aspecto. Por ejemplo, "los empresarios estadounidenses se ahorran más de 15,000 dólares al año por cada puesto de trabajo creado en una maquiladora, en comparación con los salarios que se tienen que pagar a los trabajadores en su propio país" (Expansión no. 513. 12-IV-1989). Esto no sólo ha sido ventaja para los norteamericanos sino también para los japoneses, alemanes, franceses,... a quienes se les siguen ofreciendo ventajas y atractivos.

En el momento presente, cuando el salario mínimo en México por 8 horas de trabajo se cotiza oficialmente en unos 3.5 dólares, en los países industrializados tan sólo por una hora de trabajo esa es la cantidad que se paga. Con la política económica gubernamental, México está llegando a los niveles salariales más bajos del mundo: una obrera textil en Alemania Federal puede ganar anualmente 12,400 dólares mientras que a la misma en Bogotá, Colombia, le corresponden 3,100 dólares; en Buenos Aires, Argentina, 2,000 dólares, y en México 1,300 dólares (cfr. Expansión no.506. 21-XII-1988: 38).

En el contexto de la crisis sexenal hay que notar que en ese periodo aumentaron las exportaciones no petroleras en relación a la producción del crudo que salía al exterior. El Banco Nacional de Comercio Exterior ubicaba a finales de 1988 en 14 mil millones de dólares la suma de las exportaciones no petroleras, representando las dos terceras partes de las exportaciones totales cuando en 1982 sólo representaban el 20% del total. Y todavía, para finales de 1989, el gobierno federal espera que estas

exportaciones no petroleras lleguen a acumular 15,984.2 millones de dólares, es decir, un 15.3% mas que en 1988.

Este hecho significa ciertamente una diversificación de la producción nacional de tal manera que la industria ya no dependa exclusivamente del petróleo. Significa también que hay empresas en México que, a pesar de la caída global del PIB, han elevado su producción y productividad y están exportando hacia otros países.

Desgraciadamente, como veremos mas adelante, la mayor parte de estas empresas exportadoras son las de capital extranjero, son las que han recibido los mejores alicientes, y aun asi, en su conjunto, la magnitud de lo exportado en productos no petroleros no significa algo extraordinario sino un hecho producido por el descenso del valor de la exportación del crudo. 1982 fue el año en que la magnitud de exportación petrolera fue la mas alta en relación a las exportaciones totales, alcanzando alrededor de un 80% del valor de las ventas hacia el exterior. De entonces para acá, sin que necesariamente disminuya el número de barriles exportados, se ha ido invirtiendo la correlación de tal manera que en 1988 el valor de los productos no petroleros vendidos al exterior representó el 66% cuando en 1982 sólo era el 20%. Señalábamos antes que el gobierno espera para 1989 15,984 millones de dólares por las expropiaciones no petroleras mientras que por la exportación del crudo sólo 4,753.3 millones de dólares. Esto último no significa una reducción de los barriles exportados sino el descenso en el precio internacional del crudo.

En otras palabras, el valor de las exportaciones no petroleras, aun con su crecimiento, no ha podido equipararse con las pérdidas ocasionadas por la baja del precio internacional del crudo, con lo cual perdura y con mas gravedad la ausencia de recursos para la recuperación económica del país.

La sangría más importante, sin embargo, de los recursos nacionales se ha dado en esta década en el renglón de los intereses de la deuda externa. Hay cifras alarmantes como la que aporta el Centro de Información y Estudios Nacionales señalando que de 1982 a 1988 se transfirieron al exterior 97,700 millones de dólares por concepto de intereses y amortizaciones de la deuda (Cfr. Expansión no.500. 21-XII-1988: 21). El economista David Colmenares afirma que "el servicio de la deuda pasa de representar en 1981, 25.1% del gasto total, a significar 58% en 1987" (Idem no.505. 7-XII-1988: 14).

En realidad, este es el problema mas urgente a resolver para poder afrontar una minima recuperación económica. Ciertamente no es el problema de raíz de nuestra crisis porque ya hemos visto que, aun disponiendo de abundantes recursos a finales de los 70s, el gobierno no quiso hacer cambios estructurales en el modelo de desarrollo y volvimos a caer en el marasmo. Pero actualmente cuando toda América Latina sufre el peso de esta ingente deuda ya impagable y cuando los países subdesarrollados se han convertido de hecho en exportadores de capital debido al pago de los intereses, la ú

nica opción inmediata para disponer de los mínimos recursos es suspender de alguna forma la salida de divisas por este concepto. Podemos presenciar que todavía se intenta la fórmula antigua de seguir aumentando la deuda pidiendo más préstamos para seguir pagando los intereses, pero las negociaciones cada vez son más difíciles mostrando el agotamiento de esta alternativa.

Dentro de las negociaciones que continúa, por ejemplo, el gobierno mexicano con la banca internacional, logrando mayores préstamos, de todas maneras, para el presupuesto programado de 1989 de 246.5 billones de pesos se aprobaron en el Congreso de la Unión (con 252 votos priistas frente a 170 en contra, de la oposición) 148.3 billones de pesos (el 60.2% del presupuesto) destinados para el servicio de la deuda (Excelsior. 29-XII-1988).

El sexenio de Miguel de la Madrid se caracterizó por ser un gobierno fiel y puntualmente pagador a la banca internacional dejando en segundo término las necesidades de la planta productiva nacional. "En los últimos años, la subordinación de la economía al cumplimiento puntual de los compromisos con el exterior provocó una sucesiva reducción de la inversión fija neta. Este indicador económico que muestra la cantidad del ingreso nacional dedicado a la creación de nuevas instalaciones productivas pasó del 18% en 1981 a menos de 5% en 1988" (Expansión no.506. 21-XII-1988: 6).

Hay que añadir en este contexto el problema de la deuda interna, que varios analistas consideran igual o más peligrosa que la externa. "Los indicadores estadísticos de la SHCP revelan que la deuda interna del gobierno federal creció aproximadamente en 4,334% durante la pasada administración. Si en 1982, el débito federal fue de 2.63 billones de pesos, en 1988 brinco hasta los 114 billones de pesos. Por lo que toca al endeudamiento interno del sector paraestatal, durante el mismo periodo, creció 4,950%. Al iniciarse la gestión Delamadridista, el sector paraestatal no registraba débitos. Pero al cierre de 1983, éste sumó 666,000 millones de pesos y, en 1984, llegó a 1.192,000 millones de pesos. Creció durante los años siguientes y en 1988 cerró en 4.950,000 millones de pesos" (Idem. no.514. 4-IV-1989: 20).

En esta perspectiva, el ciclo capitalista de la producción está trabado: sin recursos suficientes para reinvertir no se produce la reproducción ampliada necesaria ni siquiera para mantener el nivel del PIB año con año y mucho menos para acoplarse al ritmo de crecimiento de la población o intentar sobrepasarlo.

En el momento presente, otro de los grandes problemas y distorsiones que arrastramos en la estructura productiva del país es la contradicción entre el campo y la ciudad. Particularmente en el campo, el rezago en la producción agraria ha dado al traste con la autosuficiencia alimentaria mientras que los trabajadores agrícolas, según los índices de COPLAMAR, se han convertido en sinónimo de marginación en nuestro país.

Todavía en la década de 1960, México exportaba granos básicos a otros países. La nación era autosuficiente y podía con su excedente alcanzar cantidades significativas para la exportación y para adquirir divisas. Según testimonio del Ing. Carlos Manuel Castaños Martínez, rector de la Universidad Autónoma de Chapingo, para 1990, México tendrá que importar 12 millones de toneladas de granos, que es el equivalente al 50% de la demanda nacional anual. El costo de estas importaciones no podrá ser compensado por el ingreso que se tenga con las agroexportaciones.

El sexenio 1982-88 fue significativo por la nula tasa de crecimiento en el PIB agropecuario y por la constatable descapitalización del campo y mayor empobrecimiento de los campesinos. El rector de la Universidad Autónoma de Chapingo ofrecía diversas cifras que hacían constar la grave situación en el campo sobre todo por la política gubernamental del último sexenio. Bajó el consumo de fertilizantes en 4% en 1987 en relación a 1985; la venta de semillas descendió en 1986 alrededor de un 40% en relación a 1982; descendió la venta de tractores en un 60% en 1987 en relación a 1981; la inversión pública en 1986 representó sólo el 38.5% de la que se realizó en 1981 en el área rural.

Una de las medidas drásticas para seguir castigando el campo fue la política de precios de garantía. Quienes tengan alguna mínima relación con los pequeños productores agrarios podrán atestiguar la evidencia empírica: lo que se consigue con la venta de granos básicos al precio oficial, con dificultad puede retribuir al productor los gastos efectuados en la inversión agraria. Todo lo que el campesino tiene que gastar en los insumos y la mano de obra durante todas las etapas del proceso de producción no es compensado con el dinero obtenido en la venta de la cosecha. Con mucha dificultad se logra la autosubsistencia; en esta lógica, la reinversión en mayor escala es imposible.

En este contexto, puede uno explicar el progresivo desarraigo de los campesinos jóvenes y la migración hacia las ciudades y hacia los Estados Unidos. Pero estamos llegando a una situación en que ya no son sólo los trabajadores agrícolas los afectados sino todo el país por la insuficiencia alimentaria, que ha llegado a ser un problema nacional. Sin alicientes reales para producir granos, el campesino poco a poco va dejando la tierra o irá cambiando el cultivo por otros productos que retribuyan más. La autosuficiencia mexicana en granos, en realidad, ya se ha perdido en este momento.

En medio de la crisis, quienes sí han tenido crecimiento espectacular han sido algunos grandes capitales del país pero sobre todo el capital extranjero. Estas empresas han recibido toda una serie de apoyos e incentivos enfocados prioritariamente a la exportación quedando muy en segundo término el posible desarrollo tanto de la producción agraria como de la mediana y pequeña industria en general, que es la que conforma más del 90% de la planta productiva en México.

Cuando la economía nacional en su conjunto, durante el pasado sexenio tuvo tasas negativas de crecimiento, la inversión extranjera directa, según la Comisión Nacional de Inversiones Extranjeras, en toda esta década registró una tasa media de crecimiento anual de cerca del 14%. "En 1980, la inversión extranjera directa acumulada era de 8,458.8 millones de dólares, mientras que al término de 1988, ésta había llegado a 24 mil millones de dólares" (Idem: 19), con grandes posibilidades en el gobierno de Salinas de Gortari de que se quite el tope de participación de sólo el 49% de capital externo ampliándolo hasta el 100%, según las afirmaciones de Claudio X. González, asesor del actual Presidente en asuntos de inversión externa.

Lo contrastante es precisamente el extraordinario crecimiento del capital externo frente al saldo promedio negativo de la inversión mexicana. La inversión extranjera directa en México, según Armando Labra, al principio del sexenio de José López Portillo, representaba sólo el 2% de la inversión en su conjunto, mientras que al término de la administración de Miguel de la Madrid había llegado al 9%. Citando a la Comisión Nacional de Inversiones Extranjeras, Labra señala que "operan ya en México mas de 3,200 empresas de origen externo, primordialmente norteamericanas (65%), japonesas (7.5%) y alemanas (5.7%)" (Excelsior. 5-IV-1989).

El capital extranjero, desde finales del siglo pasado, estuvo enfocado prioritariamente a la extracción de recursos naturales y productos agrícolas. Así podemos encontrar, por ejemplo, que en 1926 controlaba el 99% de la industria petrolera, el 98% de la minería, el 92% de la producción de vegetales frescos y secos,... (Cfr. Medina N., 1987: 3). Junto con ello, la inversión externa se dedicó también a partir de la década de 1930 a acaparar el mercado interno mexicano modificando los hábitos de consumo de la población con los productos de las empresas transnacionales como la pepsi y coca cola, Sabritas, aparatos eléctricos y electrónicos, automóviles, ropa,... Finalmente se ha llegado a una etapa en que, aparte de los dos objetivos enunciados, se está priorizando casi exclusivamente lo barato de la fuerza de trabajo a través de las empresas maquiladoras. En este último caso, numerosos productos cuyas fases de producción están diversificadas en todo el mundo, vuelven de nuevo a los países industrializados para su consumo final.

De esta manera, si antes hablábamos del crecimiento de las exportaciones no petroleras, podemos encontrar que granparte de lo exportado es producido por el capital externo y no precisamente por la industria mexicana. Esto se puede ejemplificar en el caso del Estado de Jalisco, en donde, de 24 mil establecimientos registrados, solamente hay 229 empresas que llegan a exportar parte de su producción. Pero en esos 229 establecimientos encontramos 40 empresas que concentran el 70% del volumen total exportado. Podemos imaginar fácilmente cuáles son esas 40 empresas, las principales exportadoras jaliscienses: IFISA (Kodak), IBM, Hewlett Packard, Motorola, Ciba Geigy,... (Cfr. Medina N. 1987: 11)

En el momento presente, todavla hay quien afirme que es intrascendente la preocupación por la presencia del capital extranjero en el pais puesto que sólo representa el 9-10% de la inversión total cuando en los paises industrializados han tolerado hasta el 30% de capital foráneo.

Sobre esto basta con mencionar dos elementos. En primer lugar es falso decir que no hay preocupación en los paises desarrollados cuando hay una magnitud creciente de capital proveniente de otras naciones con igual o mayor nivel tecnológico. Basta con ver el actual temor de la administración norteamericana frente a la agresividad del capital japonés que, por ejemplo, en la rama automotriz, está ganando el mercado interno de los Estados Unidos. De hecho, a pesar de su inserción en el GATT, E.U. está practicando el proteccionismo para evitar la avalancha de los japoneses, queriendo ofrecer resguardos a su propia economia. Resulta irónico el ver a E.U. imponiendo aranceles para proteger sus fronteras cuando públicamente están demandando que el Tercer Mundo se abra más a la introducción del capital externo.

De cualquier forma, en las inversiones que hacen los paises industrializados entre ellos mismos, dentro de sus contradicciones, estamos viendo una competencia más o menos equilibrada entre capitales con semejante nivel tecnológico. Pero éste no es el caso cuando nos referimos a la relación entre un pais subdesarrollado y uno industrializado.

Por ello, como segundo elemento, podemos afirmar que el capital extranjero que históricamente se ha instalado en México, independientemente de su magnitud -aunque a estas alturas también el monto es ya preocupante-, ha penetrado con todas las ventajas de su alto nivel de tecnologia en las ramas mas dinámicas de nuestra economia sin encontrar, sobre todo en los últimos años, una posición verdaderamente nacionalista de parte del gobierno. Es decir, no ha habido control sobre el capital externo: se le han dado todas las facilidades para su instalación en lo legal, en lo fiscal, en la infraestructura; no se le ha controlado en el monto de sus ganancias que no se reinvierten aqui sino que vuelven a su pais de origen; no ha habido un proyecto real de transferencia de tecnologia ni de integración horizontal en la fabricación de partes con empresas mexicanas.

El gobierno de Miguel de la Madrid y el actual parecen haber enfocado la recuperación de la economia de México en la apertura al capital extranjero, señalando como gran aspecto positivo únicamente la generación de empleos.

Los puestos de trabajo instalados en base a las empresas trasnacionales ciertamente son positivos, pero la historia ya nos ha comprobado suficientemente que ahí no está el motor de nuestro desarrollo nacional y menos cuando sólo hay la pretensión de convertir al pais en una gran maquiladora con fuerza de trabajo barata en el mercado internacional.

No se trata, de nuestra parte, de promover la xenofobia puesto que, en el momento presente, ya es imposible una economía aislada sin interacción de capitales; nuestro punto de vista se centra mas bien en destacar la importancia de un desarrollo de la industria nacional en la que el capital extranjero puede realizar un papel complementario siempre que exista la fuerza gubernamental suficiente para llevar a cabo efectivas medidas de control y una paulatina transferencia de tecnología. El problema no es el capital externo en si mismo sino los términos de negociación en que penetra y opera; ello no se ha dado en el país de acuerdo a un proyecto de independencia económica sino mas bien en términos de sujeción a reglas impuestas del exterior.

En el sexenio de Miguel de la Madrid y específicamente a través del Secretario de Energía, Minas e Industria Paraestatal, en el mes de Noviembre de 1986 en comparecencia ante la Cámara de Diputados, se anunció el proyecto de la reconversión industrial. Esta reconversión, decía el Lic. Alfredo del Mazo, "no es mero ejercicio técnico sino proyecto político", "significa el mas amplio, profundo y complejo proceso de adaptación de nuestro aparato productivo a las innovaciones tecnológicas", significa orientarse a la exportación, dejar el modelo proteccionista, reconvertir las ramas tradicionales de la economía, insertarse en las industrias de alta tecnología.

Las medidas económicas, sin embargo, no variaron. Se siguió pagando puntualmente el servicio de la deuda, se le otorgaron mas facilidades al capital externo, el Estado continuó desligándose de las paraestatales, se siguió promoviendo la exportación. El Estado siguió con su política de ir dejando la rectoría económica a la gran iniciativa privada y al capital extranjero; el gobierno anunció su decisión de dejar de participar en la producción de cemento, refrescos embotellados, porcelana, aparatos electrodomésticos, bicicletas, textiles, confección, automóviles. De entonces a la fecha se han mostrado los esfuerzos gubernamentales por simplificar y hacer mas ágiles los trámites para la inversión externa y las facilidades para convertir en accionarios de empresas mexicanas a los acreedores internacionales con quienes se mantengan deudas.

Fue significativo en ese año de 1986 el IV Simposio de la Industria Automotriz Mexicana, en cuya clausura estuvo el Presidente de la República. Señaló que los anhelos de la reconversión industrial ya estaban presentes en México y que se habían iniciado concretamente en la industria automotriz.

Ciertamente, después de PEMEX, la industria automotriz y de autopartes es la más grande industria del país y ha entrado firmemente en la exportación. En los términos de las medidas gubernamentales, era una rama a la que habría que brindar grandes alicientes.

Como vemos, en la visión gubernamental, la rama automotriz es un ejemplo de la reconversión industrial de México. En otras palabras, esta reconversión se muestra en

la manera como están operando en el país la Chrysler, la Ford Motor Company, la Nissan Mexicana, la General Motors, la Volkswagen,... Una industria que esta casi al 100% en manos del capital trasnacional y que por años se ha negado a transmitir su tecnología a manos mexicanas en la fabricación de sus partes fundamentales se convierte en el modelo a seguir en la llamada reconversión industrial.

Otro de los grandes proyectos de nuestra modernización llevado finalmente a su operación a finales del sexenio pasado, después de casi 20 años de intentos, ha sido el programa nucleoelectrico en Laguna Verde, Veracruz.

Se dio a luz el proyecto en el periodo del presidente Diaz Ordaz. Se trataba de la compra de dos reactores nucleares que funcionaban a base de agua hirviente (BWR: Boiling Water Reactor) a la compañía General Electric, de los E.U. Tales reactores sólo pueden usar uranio enriquecido como combustible, con una capacidad potencial para generar energia eléctrica por la cantidad de 1,350 Mega Watts eléctricos. Fueron planeados a un costo de 7 mil millones de pesos para entrar en operación en 1976.

México podía entrar en la era nuclear. Era un objetivo tentador sobre todo cuando se planteaban las necesidades futuras de electricidad para el país en la perspectiva de la caducidad de los hidrocarburos.

En el mundo hay diferentes tipos de plantas nucleoelectricas. De hecho, los países oferentes de plantas nucleoelectricas a México fueron Estados Unidos (la General Electric y la Westinghouse), Francia (Framatome y Sofratome), Canadá (Atomic Energy of Canada Limited), Alemania Occidental (Kraftwerk Union), Suecia (ASEA-ATOM). Canadá ofrecia reactores en base al uranio natural con agua pesada como elemento moderador, que no necesitan el proceso del uranio enriquecido; Alemania Occidental ofrecia tanto reactores de uranio natural como enriquecido; los otros países únicamente los reactores que usan combustible en base al enriquecimiento del uranio.

Nuestro país tenia reservas de uranio, pero el proceso de enriquecimiento de este material es una tecnología secreta en manos de muy pocos países puesto que también se emplea en la fabricación de la bomba atómica. En este sentido, comprar plantas nucleoelectricas de este tipo siempre implicaria una dependencia del combustible con el país vendedor.

Canadá y aun otros países llegaron a ofrecer programas de transferencia tecnológica a mediano plazo, pero México compró para Laguna Verde plantas que usan uranio enriquecido a la General Electric, sabiendo de antemano que jamás seria posible un proceso de transferencia de tecnología ni en los reactores ni en la ingeniería de construcción y menos en el combustible nuclear. De hecho, años después, Estados Unidos retuvo por un tiempo el uranio enriquecido para Laguna Verde, como un embargo práctico puesto que intentaban añadir mas cláusulas al contrato original.

El Ing. Jacinto Viqueira Landa, que trabajó profesionalmente en el sector eléctrico de 1946 a 1976 y que, específicamente, fue gerente general de Planeación y Programas, de la Comisión Federal de Electricidad, refiere que el problema de la dependencia tecnológica fue claro desde un principio. "Se consideró que el proyecto era prematuro y que convenía primero crear una infraestructura científica y técnica en el campo de la energía nuclear, sin la cual se produciría una dependencia casi total con respecto al extranjero" (Arias y Barquera, 1989)

Desde un inicio, el proyecto tuvo problemas de administración, de ingeniería, de construcción. Ha tenido nueve directores. El contrato inicial de los servicios de ingeniería, firmado en un principio con la Compañía Burns and Roe (de Estados Unidos), fue cancelado en 1976 y se le transpasó a EBASCO, otra compañía norteamericana que se iba a encargar tanto de la ingeniería como de la construcción. Así volvió a suceder en otras ocasiones.

Como era de suponerse, Laguna Verde no fue terminada para 1976, pero cuando México pareció tener la gran riqueza petrolera, la administración de José López Portillo tomó la decisión de terminar el proyecto nucleoelectrico con la intención de que entrara en operación en 1982 cuando su costo ya se había elevado a 30 mil millones de pesos. El Programa de Energía del gobierno federal en 1980 señalaba la meta de llegar en el país a la producción de 20 mil Mega Watts eléctricos generados por la vía nuclear para el año 2,000, lo cual implicaría no sólo los dos reactores de Laguna Verde sino otros 20 - 30 reactores más que necesitarían empezar a ser construidos en los primeros años de la década de 1980 en otros lugares del país.

Laguna Verde tampoco pudo ser puesta en operación en 1982 y, dentro de la nueva profundización de la crisis económica, en la práctica se olvidaron los planes ilusorios del Programa de Energía sobre la construcción de otras plantas nucleoelectricas. Pero la administración de Miguel de la Madrid retomó el proyecto y lo puso en operación en 1988 cuando el costo de esta planta ya se había elevado a 3,600 millones de dólares, cuando la tecnología de los BWR ya era prácticamente obsoleta a nivel mundial y cuando los sucesos de Tres Millas (en E.U.) y de Chernobyl (en la URSS) habían demostrado la peligrosidad de las nucleoelectricas y las terribles consecuencias de los accidentes nucleares.

Sobre estos últimos hechos, numerosas naciones en el mundo habían aprendido la lección porque "no se han presentado nuevos pedidos de plantas nucleoelectricas desde 1978 y se han cancelado mas de 100 pedidos durante los últimos 10 años. Ninguna planta nucleoelectrica pedida después de 1973 se ha puesto en servicio, y varias plantas nucleoelectricas en construcción se han abandonado antes de terminarlas" (Arias y Barquera, 1988).

Precisamente por el gran riesgo que implican las nucleoelectricas del tipo de Laguna Verde, se ha planteado en diversos paises su conversi3n en termoelectricas convencionales que usen gas natural o combust3leo; esto es lo que se ha hecho, por ejemplo, en la planta Merviken, de Suecia, en 1974, y se esta realizando con la planta Zimmer, de los E.U.

Pero, en M3xico, el programa de reconversi3n industrial incluy3, con el acostumbrado autoritarismo, la puesta en marcha de un proyecto que tenia 20 a3os de retraso, que permanecer3 para siempre en una profunda dependencia tecnol3gica y cuya electricidad, dada la magnitud del costo final, ser3 mucho m3s cara que la generada en hidroelectricas o termoelectricas y s3lo tendr3 una vida de 20 a3os generando deshechos con radiactividad permanente durante decenas de miles de a3os.

Por ello, con el actual modelo de desarrollo impuesto a nuestro pals hemos desembocado en varios problemas que son insalvables dentro de la din3mica dictada en los 3ltimos sexenios. Est3 el problema inmediato de los recursos que produce el pais y que son transferidos a la banca internacional por el servicio de la deuda; est3 el problema de la fuga de capitales de los ahorradores mexicanos; existe tambi3n la subordinaci3n de la industria nacional a los intereses del capital extranjero. Consecuencia de la falta de reinversi3n productiva se encuentra la tasa negativa de crecimiento del PIB y todo el fen3meno de la inflaci3n. Si a esto a3adimos lo grave de la falta de distribuci3n equitativa de la riqueza social, que ocasiona no s3lo la baja del poder adquisitivo de la poblaci3n en general sino sobre todo una gran masa de trabajadores que est3n llegando a niveles extremos de pobreza y marginaci3n, presenciaremos en M3xico en un corto o mediano plazo un escenario en que la crisis econ3mica se combine con una crisis pol3tica en ciernes, en condiciones de una explosi3n social.

CONCLUSION: LA NECESIDAD DE UN PROYECTO NACIONAL

De ser un pals fundamentalmente agr3cola, M3xico ha llegado a ser desde mediados del siglo XX uno de los paises recientemente industrializados, en un modelo en que nos acompa3an tambi3n otros paises capitalistas subdesarrollados como Brasil, Argentina, Taiw3n, Corea del Sur,...

M3xico entr3 a la etapa de la industrializaci3n sobre todo en la d3cada de 1940 pero no en un modelo de industria aut3noma y equilibrado sino con un desarrollo dependiente, tard3o y distorsionado, dada la subordinaci3n que tambi3n se implement3 en relaci3n a grupos privados oligarcas y sobretodo al capital extranjero.

Los problemas de nuestro "Desarrollo Estabilizador" o "Milagro Mexicano" de los a3os 50 pronto se hicieron evidentes: el crecimiento desmesurado de las tres grandes urbes del pais (ciudad de M3xico, Guadalajara y Monterrey), el desempleo y subempleo, la marginaci3n y pobreza en diversos sectores de la poblaci3n, la

inconformidad social manifestada en movimientos laborales e incluso, en varios lugares, en guerrilla urbana y rural.

Nadie puede negar la gran industrialización mexicana en el conjunto de los países latinoamericanos y el gran crecimiento económico manifestado en la elevación sostenida por varias décadas del PIB, sin embargo, todo se dio en el marco estructural de un desarrollo dependiente del exterior y con graves desequilibrios internos regionales manifestados en un bajo nivel tecnológico en varios sectores de la economía y en numerosos estados de la República, y sobre todo en una gran desigualdad en la distribución de la riqueza.

La necesidad de la reconversión industrial en México es incuestionable, sobre todo si ésta se entiende como la modernización de nuestra planta productiva nacional que nos permita una mejor reproducción ampliada, una mayor producción y productividad y una mejor competitividad en el mercado mundial. Se trataría además de una modernización cuyos beneficios no se concentraran sólo en la oligarquía del país o en las firmas de empresas trasnacionales sino que llegaran efectivamente a la población. La pregunta fundamental no es si la necesitamos sino en cómo poderemos realizarla de acuerdo a los intereses nacionales.

En el proyecto económico del gobierno de Carlos Salinas de Gortari no ofreció diferencia fundamental alguna con el de su antecesor; fue el mismo o mayor intento por seguir profundizando la subordinación de la industria mexicana otorgando todavía más facilidades para la implantación del capital extranjero. El parcial control de la inflación, haciendo caer todo el peso de la crisis en el bajo poder adquisitivo de la clase trabajadora siguió siendo la estrategia fundamental sin que ello tuviera repercusión en un aumento de la reinversión productiva.

Si estamos ante un problema de dimensiones nacionales que repercutirá necesariamente en las próximas generaciones, no es posible seguir dejando que el gobierno decida sólo la estrategia del desarrollo, sobre todo cuando ésta claramente ha fracasado y las autoridades actuales se empeñan en el mismo modelo. Por ello el problema ya no está únicamente en el ámbito económico sino también en el plano político debido a la necesidad de participación de los sectores sociales mayoritarios en las decisiones nacionales. La lucha por la modernización dentro de un programa de independencia económica está vinculada con la lucha por la democratización del país.

Contar con recursos para la reinversión productiva (lo que significa en el momento presente enfrentar con firmeza y sentido nacional el problema de la deuda externa y el de la fuga de capitales) y aplicarlos a la planta económica industrial enfrentando la voracidad del capital extranjero, aprovechando sus propias contradicciones competitivas para una real transferencia de tecnología, se presentan como los grandes retos para un posible desarrollo autónomo que beneficie a las mayorías. De otra manera, todas las modernizaciones seguirán cayendo en el esquema de la dependencia y subordinación de los intereses de la nación.

BIBLIOGRAFIA

AMIR SAMIN (1974)

El desarrollo desigual. Ensayo sobre las formaciones sociales del capitalismo periférico.

Editorial Fontanella. Barcelona, España.

ARIAS JOSE Y BARQUERA LUIS (Coordinadores) (1988).

Laguna Verde nuclear? No, gracias!

Edición de Claves Latinoamericanas.

México, D.F.

CASTRO FIDEL (1983)

La crisis económica y social del mundo. Informe a la vii cumbre de los países no alineados.

Siglo XXI Editores. México D.F.

CORDERO SALVADOR (1977)

Concentración industrial y poder económico en México.

Cuadernos del CES 18. El Colegio de México. México, 1977.

CRT (varios autores) (1976)

La coyuntura mexicana 1970-76

Centro de Reflexión Teológica. México, 1976.

EXPANSION (1982, 1985, 1986, 1987, 1988, 1989)

La revista de negocios de México.

México, D.F.

HINKELAMMERT FRANZ (1973)

La teoría clásica del Imperialismo, el subdesarrollo y la acumulación socialista.

Ediciones Nueva Visión, Argentina.

LABASTIDA JULIO (1976)

Proceso político y dependencia en México.

México D.F. Abril 1976 (Fotocopia).

LEAL JUAN FELIPE (1976)

México: Estado, burocracia y sindicatos.

Ediciones El Caballito. México, D.F.

MARX CARLOS (1975)

El Capital. Tomo I
Ed. Siglo XXI. México, D.F.

MEDINA NUNEZ IGNACIO (1987)
La penetración del capital trasnacional en Jalisco.
Cuadernos: revista de ciencias sociales. Facultad de Filosofía y Letras de la
Universidad de Guadalajara. No.4 Mayo-Agosto 1987. Guadalajara, Jal.

PALERM ANGEL (1976)
Sobre la formación del sistema colonial en México. Apuntes para una discusión.
Publicación provisional. La Casa Chata. México, D.F.

PERZABAL CARLOS (1981)
Acumulación capitalista dependiente y subordinada: el caso de México
(1940-1978).
Siglo XXI Editores. 2a. edición. México D.F.

VALENZUELA FEIJOO JOSE (1984)
La industria mexicana: tendencias y problemas.
Cuadernos Universitarios 19. Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa. Mé
xico D.F.

ZIMMERMAN J.I. (1979)
Paises pobres, paises ricos. La brecha que se ensancha.
Siglo XXI Editores. 9a. Edición. México D.F.